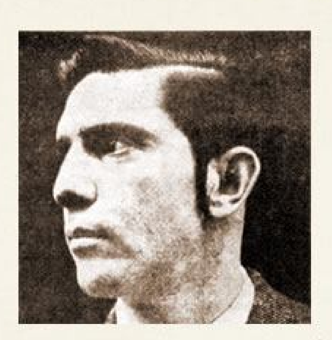
MANUEL RIOS RUIZ



CARTAS A UNA MADRINA DE GUERRA

Revista "La Estafeta"

MADRID

1979

Manuel Ríos Ruiz

Cartas a una madrina de guerra

(Premio Alforjas para la Poesía 1979)

Estos poemas constituyen un homenaje
a la memoria, figura y sensibilidad
de mi tío José Ruiz Holgado, soldado
durante la guerra civil, rememorando
sus relatos.

...y hoy estoy de centinela:
poca defensa es la mía.

LUIS ROSAL

I

ESTOY MIRANDO EL HORIZONTE, LOS FULGIDOS ESTORNINOS
huyeron de este campo de almendros, limoneros, nísperos
y naranjos,
                    extrañados de los carros y armatostes
de combate,
                    eran ánimas en pena, pelusas, soplos, tildes
entre explosiones y disparos.
                                                    Te escribo como en vilo,
Atraído por tu nombre y tu lejanía, por la aura.
Te pido una oración cuando tus ojos sorprendidos
-¿azulejos, malvas, endrirnos, romanceros, cadmios,
nazarenos, atizonados, perleros, caobas?-
revierten en mis letras, se enfrasquen y condensen
en mis palabras, leviten, retozen, alhelíes y trémulos,
en cuanto digo o quisiera decirte, Sonia, soñándote, valiéndome.
Un soldado, aspirada madrina, doña mía ya, panera,
ya lo sabes, no tiene pliegues ni recurrencias, comisuras
en el cuerpo, su pecho enarbolado y pleno de fe
es epístola del tiro,
                                    espera –es su códice arcano-
el punto de mira de una bayoneta, su alacrán y ganzúa,
nombra a su madre sobre un lento reguero de hormigas
muriendo por su patria, agarrándose ávido la nuez.
Los pájaros se fueron, ya te lo dije,
                                                            volaron lo suyo,
traspusieron la última nube de su espacio y tirabuzón
buscando un río,
                              un alero,
                                              un llano ensimismado,
un fanal donde cantar enuncie sus lúcidas libertades.
El campo ahora es todo de nosotros, predio sinuoso
de nuestra vigilancia y cansancio, de la perplejidad.
Somos la corona de un cerro sin caballos ni trinos.
El azahar de las ramas nos recuerda la paz, el alma de la dicha.
Me cuentan que en tu pueblo reinan las meigas y los ünguentos.
En mi tierra la vid y su relámpago,
                                                            su cairel para el labio.
Dime de tu cuerpo y de tus esperanzas, de tus querencias.
Te digo de mí, de mi médula:
                                                    sé llorar y padecer por mor

de la valentía,
me conmueven las rosas y los atardeceres.
Ayer cerré los párpados de tres infantes, sus luciérnagas,
besé sangre,
canté por ellos,
tejí versos de caminos,
rendí pleitesía a sus escapularios y a sus invocaciones,
heredé sus estampas y fervores, cuánto pálpito roto,
sus macutos y pañuelos,
la memoria flamígera,
el sacrificio.
Hoy suspiro, mira, y el vaho que empino no es de aquí,
se hace un tolondrón, un clavo de cruz es dentro de la boca.
Espero tu voz, su rumor de muñeira, un cascabel relojero
se tu risa, una mata henchida de tu bondadosa maceta.

II

AL CABO DE LOS DÍAS O DE LOS SIGLOS, CUÁNTO LIMO Y ENEIDA,
sobre el brocal de un pozo conquistado, aljibero
que refleja mi faz y pensamiento: bulto y sueño,
puedo volver a nombrarte por escrito, asumirte,
reunir palabras para ti, aurora del poniente,
cuando una mariposa, imposible y repropiada, sin calibre,
danza entre la carrucha y la coyunda,
por mi campaña,
multiplicándose,
salvándose en el agua y sus escándalos.
Tu cara de mujer,
su seda, ese céfiro, tu sonrisa ungida
me aletea, prendida va de mi camisa, vaivén del latido.
Y me recreo en la frente, adivino, intuyo, aclamo
los compases de tu pelo entre los ramajes frondosos
y frutales,
las manos cariñosas, aladas, que no he visto
ni palpado,
los pechos cual la nácar, el camino a la entraña.
Desearía devolverte repujado el susurro, sus mimbres,
pero mi voz golpea, de guerra es, y es revuelta,
sale de un abismo, vibra, humana aún en su cal y eco
y suena a deseo como un nudo, cruje por sus látigos.
De madrugada bombardearon esta aldea, reventaron sus adobes.

Y hoy nos cantan sus vecinos, sobreviven a sus lagrimales.
No sé por qué nos sobreponemos,
pletóricos,
azuzados
ante los estupores y los hallazgos,
viendo bien morir.
¡De dónde sacamos tamaños reaños, los íntimos portentos,
el pan,
la audacia,
la sed,
el lirio,
los arenques,
tanta y tanta sepultura y fe,
la fuerza contra el tiempo?
El coronel nos llamó cabales poniendo el grito en los taludes.
Parecía que renacíamos, se desparemparon puertas y soportales
de la plaza, las cancelas, hacíase el respiro, el desperezo.
Te hablo así porque han sido, Sonia de mis tatuajes,
muchas lenguas sin alivio, viviendo sólo los espantos,
aranzadas y aranzadas disparando, arrastrando el vientre,
cruzando los ríos y los bancales, esquinas, puentes, espejismos,
olvidando parajes y veredas, resoles, montes, respaldos
donde hubiéramos acampado y dormido soñando con amar.
Tu carta me llegó milagrosamente, lo mismo que una copla,
después de despedirme para siempre, atragantando de amargura,
de un juncal paisano mío y tenía como si fuera de fuego
el corazón palpitando por la mano, en el sanluí de la palma,
con ella recogí el sobre culebrino, albricia y libélula.
Dentro tu cinta filigrana:
José Ruiz Holgado.
Y tu ánimo
pimpinela saltando en el bordado de ternura y campanilla.

III

CADA VEZ QUE AMANECE Y TODO SE SUMA Y TODO SE ENSANCHA
y arriamos resollando la bandera, se despliega ubérrima
y ondean sus colores en los ojos y en la luz, en el seno,
bendigo la suerte y la mente de estar vivo,
repecho,
siento un abril,
un repeluco,

me crece el sol del sentido
y la barba,
el hálito,
el vello,
el credo mío,
la savia,
el alma se me estira, se me mueve y rebrinca, adviento
y cantaríala la toná fragüera y recia que ensalman crédulos
los viejos cerrajeros de mi barrio entre los sudores y la tizne,
aquí, en medio de este patio de cuartel, en su diafragma
y pasmo, ofrendando mi rendibú a la casta y su dinastía,
al corazón que mantengo, a la historia comunal y mágica
que los libros resumen y desvelan, salvan y silban,
a la madre que me parió heraldo y trilce, predestinado
para esta guerra y esta esquela tan unívoca y par
y trinitaria que te envío conmovido, retesobresaltado,
ensartada de cariño y de gracias marciales, cálidas:
mírame hecho una flauta en el recamado dibujo corinto
y oro que hízome el cabo furriel con su fantaseo,
con la bandera arriba tremolando ensortijada
y tu nombre entre grecas y salutaciones, todo volerío,
nunca tan bien puesto ni pronunciado, hecho egido,
porque la bandera, Sonia pura, la ínclita bandera,
es cada mañana la arenga, el zurriagazo, el sortilegio,
la eclosión sublime que nos sobrecoge, encandila
y sedimenta, la razón entrañable y porosa, señaladora,
que ennoblece -oh, cuánto merecimiento en el desamparo-
los tumores de la lucha fraticida, del pesaroso delirio,
y pone en nuestra sien su pócima enjabelgando prístina
de salud el espíritu y trasiega un espejo en su azogue,
un espejo que quiere enseñarle al cielo, al cúmulo,
cuánto martirio se vive por la tierra que se quema.

IV

“OTROS NO VUELVEN NI SIQUIERA MUERTOS”... QUÉ PÍRRICO DON.
Las lágrimas de mi gente lastiman, pinchan, cáusticas
atúrdenme, madrina y lumbre, están en el papel, anegan,
algunos renglones no se entienden, son arroyos clamores
de la pena, un incendio del dolor, me cacarea espesa
la sangre en todo el cuerpo,
ay mísero tempo, ilíada,

ha caído mi hermano en Peñarroya como un hervor de pan,
me lo cuenta esta larga y tremenda carta de mi casa y mi ralea,
acercada desde allá a través de trenes, carricoches y acémilas,
traspasando todos los temblores y navazos de los andurriales...
¡Quién la trajo, quién me parte la esencia y háceme grandinga!
¡Dios, San Miguel Arcángel, mía Merced, Santo Dionisio,
Jesús de las Tres Caídas, Bendito Prendimiento, Cristo
de la Salud, Marinero Gitano de San Telmo, Santiago el del arco,
Juanillo mío, Virgen del Carmen Coronada, Amargura, Valle,
Soledad de la Victoria, ustedes mis mismos Judíos de San Mateo,
Piedad y Cinco Llagas, en pie las cofradías, arriba costaleros
y saetas, que se detenga en mí el Santo Entierro, mirad
desde los palios como chorreo de llanto, Señor de los Trabajos,
Santa Rita de Casia, Amigo Puerta Real, Procesión del Silencio,
Crucufijo de la Salud, monjitas de las Reparadoras!
¿A quiénes llamo y quién me pone la mano sobre el hombro?
¿Me ha visto la cara el oficial? ¿Escuchó mi duela vértebra
crujir, mi alarido al mirarme, cómo se me caían en redondo
los palos del sombrajo, la raza en la estera, los corajes?:
"Escriba, rece, sobrepújese, aliente, viva, el sosiego..."
Y no sé, Sonia barea, cómo lo hago, si mi pulso en caracol
puede con la quebradura de la garganta, con la gesta entera,
qué derecho tengo para pedirle que sufras conmigo tan así.
Anono era audaz, lanzado obrero líder, anárquico, parecía un columpio,
confiaba en la providencia y en su frenesí, se reía –qué flamenco-
de su sombra,
¡qué será de su parienta y los hijos!
"No parecía el mismo tan despalpitado, tan despavorío."
Cuál sería su póstuma esperanza y ruego en su tránsito
y qué pensó
-válgame la leche que mamé-
al fundirse
con el martillo,
quisiera haberle abrazado el acribillado
pescuezo,
lavarle las sienes con vinagre y solera, con yema,
besar su entrecejo,
¿morir con él?,
cubrirlo de cantes.
Tal vez me digas con tu candor y bálsamos de prímula y espliego
que ya reina y goza,
que vuela como un mirlo entre las breñas.
Te lo agradeceré, moza y palabra, rosicler, celinda, aderezo

y cántico,
pondré tus dulceríos y alientos en mi cabezal
y quizás el sueño de la fatiga me ayude a repetirlo
todo velocidad en su primorosa bicicleta, en su minotauro
velocípedo, paseando y piropeando con alegría a las muchachas de Jerez.

V

NOS HUBIERA ALENTADO ENTONAR CHUFLAS Y VILLANCICOS, ALELUYAS
jubilosamente bailarlos hechos unos puros seises, chirigotas
de todos los lugares y colores, joteros o gitanos, galegos,
en titilación y flama, enardecidos, vueltos, anímicos,
exaltados por el trago estremecedor y calenturiento, único,
de aguardiente pirriaque, de su dardo machaco en el gañote
y la ilusa esperanza de la paz, de esa santa armonía
que dicen que está cerca, ahía, en cualquier lontanaza.
El cura del batallón, ancho y panzo como una azalea,
alto y capitán, colorao, pródiga voz del Norte,
nos puso firmes y bendijo entre las trincheras
un imaginario portal, una magia imposible por las balas,
queriendo con el gesto repujarnos la conciencia,
gritándonos la historia entelerida del Niño Salvador,
de José el carpintero y de Santa María, la odisea
del bien, haciendo comparaciones celestiales, evocaciones
bíblicas,
recontras con la firmeza y el valor,
con la amalgama que nos nutre, con los fines de la guerra,
de la vida, de la idealidad,
que nos entendimos desencajados
los soldados del Sur, tan líricos y arrecíos, apechugándonos
entre sí, trastocándonos el corazón relinchante y nostálgico
de nuestra atávica Nochebuena, de su originaria lira,
su asalto vital, el tresbolillo danzador, la sarta de veces
que estaba allá la idea, el recuerdo holgado, catador fiel
y festivo de la Misa del Gallo, del cante bruno y umbrío,
de los pestiños de la abuela, el estreno de camisa y de faja,
los besos de las novias, las castizas zambombas y bulerías,
los jaleos y los chascarrillos, el sarga usté que lo quiero vé,
oh buenísima fe del sano cachondeo, cuento de la buena pipa,
el corro en cada patio y corredor de las casas de vecinos,
sus tendederos arracimados de farolillos, la caliente
tajada de pavo, la chacina, la uva de cuelga, el chicharrón, las chucherías,

el buñuelo y la miel, el guiso de conejo con vino y arroz,
la copa aliento de Fino Currito, sus vapores y aromas,
la aceituna aliña, el melón invernizo, qué requeteluz,
el abrazo del amigo y del compadre, el colmo y su adivinanza,
el brindérío familiar por el antiguo nacimiento de San Dios,
en cuánta euforia añorábamos andando por el aire, tristes
y pensativos a las doce en córnea de una noche maciza
y sin campanas, prieta y pétrea, ventisquera, unánime,
punzada por los reflectores, conjurada en los oídos,
amenazada por el toque laberinto de corneta o el trueno
terrorífico del cañón,
mientras bajo el frágil cobijo
de las mantas muleras y de los sacos terreros, en zanjas,
barrancos y repechos, sostenemos el frío peso de la escarcha,
su lento y denso alcíbar, la meseta y su altura,
los músculos en trizas, el ruido de los chaparros,
los tarajes y los insectos, sus maquinaciones, el martirios
de la piojera, del sarpullo y de la sarna, la desazón,
la alarma permanente del fusil como una víbora,
rezando con los adentros, con los intestinos quizá,
nuestro ingénito padrenuestro andaluz, su consuelo
y son, musitando algún fandango o copla cortijera,
con unas locas ganas de besar a la madre en el regazo,
de ser un niño chico, de sentirse querido en los costados,
dar un grito, un chillío, y transformar el paisaje,
amanecer sin miedo y sin tos, percibir la alegría
en el costillar, entrar en una iglesia con órgano
y con santos, coger y tocar de nuevo las herramientas
y su música, volver en volandas a construir quicios,
ventanas y tejados, cornisas, acicalar jardines, sembrar
barbechos, jugar a la brisca en el tabanco...
Todo se acumula
y se piensa con más fuerza que nunca en este veinticuatro
de diciembre, percibo un clamor que aplasta la disciplina,
una lucha encolumbrada en las cejas, cuando mojo el lápiz
de tinta en la lengua y a oscuras, a tientas, a ciegas,
arrugan mis palabras la cuartilla, este redoblelamento,
esta lágrimacarta, oración precisa, ay Sonia suspiro,
para que cantes por mí, por esta compañía de hombres despabilados,
almáciga estremecida, tan atosigados como ávidos, alucinados,
que esperan al día sin tener que matar a ningún cuerpo de ángel
o demonio de la tierra, a ningún Jesucristo que asome
por aquí, por este calvario de la locura, amén o belén.

VI

NUNCA PENSÉ, MADRINA SONIA, OROPÉNDOLA, QUE VIVIRÍA
en una iglesia, ni desnudarme de ropas y despojos
bajo tan altos techos y bóvedas, como un murciélago
entre luces y sombras,
                                        cuánto inusitado asombro
de hornacinas,
                         altares,
                                      cruces
                                                y
                                                  mundos detenidos...
Algunas vidrieras trifulcan la luz desmoronada
con su rebujina de colores y figuras, vetas y filos,
dejan sobre las losas mirtos y ráfagas de movimientos
intangibles, claridades desleídas, volteretas sin cuerpos,
borrosos inventos en las caras, en la vista y el tacto,
alegorías en los rincones y recodos, en los ángulos,
sobre los vacíos soportes, peanas y pedestales
de los venerados y los misales, en los capiteles erguidos
y mozárabes, por las alucinaciones descolgadas de los muros,
en los sagrarios desprovistos, abiertos como locos,
sin copones ni cálices, acaso sin memoria ni trinidad santísima,
en los retablos, en los sepulcros de abades y príncipes,
en la seca cuenca de la pila bautismal y su pirámide...
Y algo gravita refugiado cual un silente ofidio
en el desolado campanario, en su historia abandonada.
Puede ser el eco de un cántico lapidario, sus añicos, el quebranto
coral que idílico se resiste, transfigurado, lelo, inerte,
y no fenece con las voces de la tropa, con el ozú de los reclutas
y su bullicio, las órdenes, la teórica, los alertas,
el manejo de los mosquetones, los correajes y las cartucheras,
con este murmullo continuo del campamento en tensión y celo,
su vida desde el repique resplandeciente y cortante de diana
hasta el relentizado llamamiento de silencio, a la imaginaria,
hasta este momento laringe en que te imploro, debla blanca,
descansando sumiso en un reclinatorio la hoja y el tintero,
la ilusión,
                 puesto de rodillas,
                                               embelesado y fijo,
como si le rezara a una virgen inefable, onírica, gacela,
a una inmaculada admirada y trémula, pretérita,

de las que encendieron esta ermita serrana y famosa,
donde el cierzo abate con rachas de escalofrío, de hiel,
la ausencia de monjes y rosarios, patenas, hostias elevadas,
misas y ángelus, maitines, novenas, romerías, penitencias,
vía crucis, sermones, salmos, celebraciones y salves.
Y es triste sentirse invadiendo como un dinosauro
los sitios de Dios mismo, sus estancias y alcobas terrenales,
sin poder implantar de repente su inabarcable presencia,
la faz que nos donara la semejanza y el alma candelaria,
para rendirle armas y resucitar su liturgia y su gloria.

VII

HE LEÍDO TU CARTA, TU ROSA DE JUNIO, TU CARICIA,
a la orilla del río que arrugado atraviesa la patria
y pasa el agua llevándose hasta el mar y sus tumultos
las tantas cicatrices,
                                        los espinosos cilicios de la lid,
los estertores de los muertos entre juncos, adelferías
y biznagas,
                      cuántos aullidos y quejas chirriadoras
soportan estoicos vigías y centinelas vislumbrando,
viendo en cada loma, cañada, cresta, peña o puerto
el frente de batalla.
                                      Me hablas o suspiras emocionada
de los niños ángeles de tu escuela, ¿de tus fíos?:
“algunos extrañan y tristean, vacíos quizá de la certeza,
la ausencia de sus padres en tan santa inocencia”.
Dile a ese Cholo que estará en la luna de los ochos
Cosechando carámbanos y bengalas para toda la vida.
A Xesús señálale una isla en el mapa del estrellerío,
una isla lejana con pájaros, lémures y abracadabras.
A Rosalía le gustará que viva en un pazo encantado
rodeado de jardines, fuentes, rosaledas y quioscos...
Acércaselos luego,
                                      Diciéndoles que van y vienen eternos
con Dios a todas partes, míticos e invisibles héroes
para ser venerados, abonos del paisaje, deidades nuestras,
perpetuos soldados por los siglos de los siglos tantos,
igual que a mí me explicas cantarina y superluminosa
ese cambio en tu cabello empavesado, el tintineo de las pulseras,
el encaje que has fruncido por tu sábana, tus lunares,
los colores de tu blusa de organdí, las flores de tu cuarto,
el lazo gorrión que abarca tu cintura, tus sueños candeales,

para ayudarme a sentirme el hombre que soy, tan paráclito,
el que se mira en este río que surca los torsos heridos
de la patria y se ajena hasta el mar los crisoles y la sangre,
el río que presiente un arpegio de guitarra, un vuelo palomero.

y VIII

VUELVO AL SUR CASI SIN CARNES, SONIA DE MI CAUTIVERIO, PARÉZCOME
al espíritu de la golosina bajo este costal de lona que me abriga,
que cubre mi esqueleto y es manto de victoria, enseña indigente
de la paz,
mortaja de vivo,
uniforme de gala del por fin liberado,
en este tren carreta, todo mercancías agradecida a Dios, a la suerte
bendita, pensado hombre otra vez, salvado por chiripa de la muerte,
del panteón del presidio,
quien diría que la guerra acabóse
cuando la tengo injertada en el cerebro, recordando la emboscada
y los maltratos, tullida la espalda y los riñones tullidos,
el campo de concentración, la puñalá del hambre y de la sed,
los compañeros a pedazos feneciendo, cojeando, sin nada ni nadie
en la fiebre y en las boqueadas, anónimos cadáveres o esperpentos
junto a la espiocha o cruz, sobre la cuneta tumba del atajo,
que a ver quién ha ganado o ha perdido, qué confusa la sangre, amor.
Pero alegra vivir, madrina clara, mascar el pan, verse el perfil
en los cristales, volver a escribir, resucitar, decirte que te tuve
siempre con los míos en la cabeza, que te soñé entre dolores y vómitos
cuando más padecía y me agarraba a la fe, la única buena salud
y fortaleza, al alma recóndita y bravía que el soldado esgrime.
Somos una feria que atraviesa los llanos de la Mancha, los vítores
inflaman los andenes, cada mozo que baja asiste a su bautizo,
su nombre relumbra entre la histeria y el gozo,
los andaluces
seguimos cantando corraleras, ansiosos de divisar Despeñaperros,
de asomarnos al río y las marismas, a la luz virginal de la bahía,
porque hasta entonces no sabremos lo que pasarnos ha podido
y si somos capaces de volver a empezar el trabajo y la historia,
que por ser tan indígenas y tan sonámbulos nos gusta modelar
constantemente la misma arcilla, la vasija que tanto nos quiebran
todos los que llegan desde el quinto pino a vernos la conciencia.
Y algún día, Sonia María, te diré al oído, al bucle, al quiqui
del zarcillo, cosas que jamás pude decirte, mandarte ni nombrarte

por falta de papel, por culpa de tormentas, por el mero sonrojo
de este que te quiere, del soldado a tus órdenes, mi madrina, mi España.